

cionados frente a los automóviles y posiblemente frente a medios alternativos de transporte. Y si después de todo ello se demostrase que hacía falta una ampliación de la capacidad de carretera —que no se ha demostrado hasta ahora—, entonces habría que ver cómo y por dónde tendría que ir esa carretera. Todos estos pasos no se han dado en el caso de la autopista del Mediterráneo, simplemente se ha ido al final del proceso lógico, a la autopista como panacea universal.

### Los objetivos

Esos son los grandes problemas que están planteados. La idea del crecimiento por el crecimiento, como un fin-en sí mismo, hay que replanteársela. No decimos «crecimiento cero» ni por ahora ni inmediatamente, sino reasignación de las prioridades con un poco de imaginación: hay muchas cosas donde invertir. El III Plan de Desarrollo tendría que haber sido, primero, el plan del Sur de España, de Extremadura, de Galicia, pero de verdad, bloqueando el crecimiento del resto, de Barcelona, Madrid, Bilbao, Zaragoza, Valencia-comarca marítima. Y tendría que haber sido también el plan de mejora de las áreas urbanas y metropolitanas de los barrios periféricos. Desarrollo no es más de todo, sino otras cosas.

Lo menos que puede tener un país son las ideas claras, al menos en el terreno económico. El sector privado las tiene bien claras, pero el sector público no. El transporte es uno de los apoyos de la industrialización y el desarrollo, pero hay muchos otros, los que constituyen la infraestructura social: educación, cultura, alcantarillado, agua, vivienda, electricidad, etcétera. Por ejemplo, Murcia, Alicante y Castellón son de las provincias de España que menos inversión pública en infraestructura por habitante tienen, y de repente parece como si no hubiera nada mejor que la autopista. Lo que hubiera hecho falta allí de verdad es un plan de desarrollo regional, que también hubiese creado trabajo, que hubiese tenido un impacto multiplicador y acelerador en el producto bruto de esas zonas, y que de verdad habría llegado a satisfacer la necesidad de la gente. Quizá entonces se justificarían inversiones en transporte. Valencia no tiene una sola depuradora. Hay 20 kilómetros de acequias de riego sin cubrir por dentro de la ciudad, que son utilizadas como alcantarillas: los resultados son ratas, basura, niños ahogados, etcétera.

Esto al nivel de los objetivos. Al nivel de la técnica, se trata simplemente de tener un equipo de quince o veinte economistas e in-

genieros de talla, bien pagados e independientes, al estilo de los organismos internacionales y no con medias tintas. A nivel de política, que los administrados participen de verdad.

El que haya un trasvase de altos cargos entre directivos de empresas consultoras, constructoras y la Administración es, hasta cierto punto, lógico, porque no hay muchos técnicos en España de donde elegir, y, además, las experiencias sector privado-sector público son complementarias; se supone que un ejecutivo de una empresa constructora defenderá, una vez en su puesto de la Administración, a la comunidad. Pero lo que no es lógico, y esto produce el asombro de muchos españoles, y extranjeros que visitan en misiones oficiales y privadas este país, es que muchos funcionarios sean pluriempleados en la Administración y en empresas que dependen de ese sector de la Administración. Un simple cálculo de probabilidades demuestra que, o bien algunos sectores públicos están manejados por esquizofrénicos con doble y contradictoria personalidad, o existe colusión que los españoles están padeciendo. Este estado de cosas produce sabrosísimas anécdotas: la prensa habla de «altos funcionarios de las concesionarias», éstos definen lo que la Administración hará o dejará de hacer, algunos ejecutivos son presentados en actos públicos como de una Dirección General cuando está en nómina en el sector privado, la prensa publica entrevistas con catedráticos y reseñas de cursos paraestatales en espacios pagados donde se hace publicidad de consultoras, etcétera. Estos y otros pecadillos de nuestra celtibérica picaresca no tendrían mayor trascendencia que la de no parecer honestos, condición, sin embargo, más importante para una Administración que para la mujer del César. Lo importante de verdad es que esos técnicos independientes en Presidencia del Gobierno o en el Ministerio de Planificación o en el de Hacienda tengan capacidad de recomendación a nivel ministerial para evaluar todos los grandes esquemas inversores del país. Simplemente. Y por encima de todo, una voluntad de hacer caso a la gente.

La estrategia seguida hasta ahora en el mal llamado desarrollo español es que el pastel sea más grande y todos comerán más. Las diferencias, tanto a nivel de rentas personales como de rentas regionales, se mantienen prácticamente constantes en muchos casos y aun aumentan en otros, lo que invalida muchos de los planteamientos triunfalistas de lo que es el desarrollo. Aún se está a tiempo, sin embargo, de una vertebración de verdad y de una redistribución de la riqueza. ■ M. G. y L. M.

